

III. En el que se demuestra que la realidad siempre deja marcas

«¡Cuidado con el lobo!»

Las primeras palabras que Teo dijo a la mujer fueron insensatas. Su intención era loable, pero se arrepintió al segundo de escucharlas.

Aunque la bestia no estaba a la vista, no podía haberse ido muy lejos. Y si reaparecía Teo se vería obligado a retomar su caída en el punto en que la había frenado (esto es, en el punto B) para salvar a la mujer de un ataque. De entre los dos males, optó por insistir con aquel que lo exponía al ridículo.

«Se lo digo en serio. Había un lobo, acá abajo. ¡Yo que usted me subo ya mismo!», sugirió, tendiéndole su mano libre a la distancia.

La mujer lo miró con expresión curiosa. Los hombres crecidos no trepan a los árboles, pensaba, con la excepción de los bomberos que rescatan gatos y del tío loco de *Amarcord*.^{*} Pero por supuesto, existía la posibilidad de que fuese una nueva clase de maníaco sexual: el Sátiro del Árbol, por ejemplo, que se excitaba con el perfume de la trementina. O un deficiente mental, su alma de niño atrapada en el cuerpo de un adulto.

Durante un instante consideró la posibilidad de que fuese un enviado de su perseguidor. (Esta idea la angustiaba más allá de las palabras.) Pero la mujer tenía un pensamiento práctico y optó por no sacar conclusiones apresuradas. Procedería como si lidiase con un ser en uso de razón, aunque eso significase contrariar la evidencia. Se rasgó una peca al costado de la nariz y con tono didáctico explicó:

«Acá no hay lobos. Estamos en la provincia de Río Negro, República Argentina. Los lobos viven en Yukón, o en Alaska: son bichos del hemisferio norte.»

«Ya lo sé», protestó Teo. «Pero ¡éste no era un lobo común!»

^{*} La mujer se sorprendería poco después, al descubrir que el gigante se llamaba igual que el personaje de Fellini, o sea: Teo.

El gigante se arrepintió por segunda vez. ¿Qué podía alegar ahora: que había sido abordado por un animal que trabajaba como correo? ¿Confesaría que la bestia, expresándose en un idioma clásico, había sido interrumpida en mitad de una revelación?

Un ruido distrajo a la alelada mujer. Caían gotas a sus pies.

Drip. Drip. Ahí abajo. *Drip.*

Se inclinó y tocó la mancha entre las raíces. Un líquido opaco; parecía lacre.

«Está lastimado», dijo la mujer.

Teo pensó que hablaba del lobo. ¿Lo habría golpeado alguna rama de las que se desprendieron?

La mujer elevó entonces un brazo, señalándolo (en realidad le enseñaba la roja yema de su dedo), y dijo:

«Sangra.»

Teo sentía dolor en una pierna. Hasta entonces lo había creído consecuencia de la posición, estaba apoyado contra un nudo o saliente y eso cortaba el fluir de su sangre. Trató de ver allí atrás pero no pudo, se lo impedía el follaje. Se movió un poco, buscando un nuevo ángulo de visión. Las hojas se movieron con él. Dobló el cuello y al fin vio. Tenía clavada una rama en la cara trasera del muslo izquierdo, por debajo de la nalga: una cuña gruesa de la que salían ramas más delgadas y también llenas de hojas. Al descubrir la herida sintió que el dolor se multiplicaba por mil.

«¿Puede bajar?», preguntó la mujer.

Teo recordó que no estaba solo. Había una mujer, abajo. ¿Una mujer-lobo?

«¿Quiere que traiga una escalera?»

Teo dijo que no. La sangre chorreaba desde el extremo de su bota.

Bajó como pudo, arrastrando la rama y las hojas.

A medida que se aproximaba al suelo, la mujer se sorprendía más. Comprendió que se trataba de un coloso. (El Sático del Árbol tenía, en efecto, las dimensiones de un limonero.) Pero al ver de cerca su tamaño vio también su dolor, el pantalón roto y ensangrentado, su torpeza de oso herido, y se acercó para ayudarlo. Fue una ayuda emocional, ante todo; nunca hubiese soportado su peso verdadero. La mujer medía un metro setenta y era fuerte, pero no lo suficiente para sostener a un Atlas.

Una vez en tierra Teo descansó contra el árbol, sin atreverse a verla a los ojos. Su belleza lo perturbaba más que la elocuencia del

lobo. La mujer vestía jeans y una camisa de franela verde demasiado grande, que se volvía suave y rellena a la altura de sus pechos. (Aun al borde de un shock, Teo percibió el detalle.) Emanaba una fragancia que el gigante no podía asociar con productos de moda; pensó, no sin sorpresa, que olía a algo dulce: una mujer comestible.

Ella retrocedió unos pasos. Teo estaba habituado a la reacción. Cuando la gente ve a alguien de enormes dimensiones se deja ganar por miedos primitivos, sólo piensa en el daño que ese corpachón podría infligir. No importa que se trate de un dinosaurio hervíboro; la vida social del braquiosaurio nunca fue más rica que la del Rex.

«Me perdí.»

«¿Cómo dijo?», preguntó ella, todavía confundida por su presencia exorbitante.

«Dejé mi camioneta arriba. Bajé hasta el río Azul, crucé el puente colgante... ¡Parece sacado de Vietnam! Caminé un rato y cuando quise volver al puente, no lo encontré.»

«Tiene que hacerse ver», dijo la mujer. «No parece grave, pero... ¿Se le clavó muy profundo?»

«¿Cómo puedo saberlo?»

Sin anuncio alguno la mujer se aproximó y pegó un tirón a la rama, que permaneció en su vaina. Teo soltó un grito, las hojas de su apéndice vegetal sonando a cascabel de furiosas serpientes.

«Ahora sabemos», dijo la mujer, ruborizándose. «Igual no es grave. Hay que extraer, frenar la hemorragia y desinfectar. Tal vez coser. ¿Puede manejar así?»

Teo no podría entrar en la camioneta en esas condiciones, a no ser que arrancase o recortase la rama a ras de la pierna. El comentario le nació sin esfuerzo:

«No sé si ver a un médico o a un jardinero.»

«El puente está a medio kilómetro en esa dirección», dijo la mujer.

El gigante la miró un instante y al fin bufó. Había entendido bien el mensaje, ella le explicaba que no podía esperar más ayuda de su parte.

Una vida entera de rechazos le dio fuerzas para intentar lo imposible. (El resentimiento es un combustible poderoso, al igual que el petróleo: proporciona energía, aunque con consecuencias devastadoras para el ambiente.) Masculló un gracias no exento de sarcasmo y trató de ponerse en marcha. Cuando apoyó el pie izquierdo

el dolor estalló en su cabeza; empezó a ver todo blanco, cegado por una luz química.

«¿Puede caminar?», oyó que ella decía.

«Una pierna es más que suficiente», respondió, y dio un saltito a modo de rúbrica.

«Mil disculpas. Lamento no estar en condiciones de acompañarlo.»

Teo siguió saltando sobre su pierna sana, llevándose la rama y con ella el verde penacho de las hojas. Era el pavo real más grande del mundo. La mujer se tapó la boca para esconder la sonrisa; ignoraba que Teo no podría haberla visto aunque quisiese. Se estaba cubriendo, todavía, cuando oyó el comentario en boca del gigante:

«*Malefacere qui vult, numquam non causam invenit.*»

«¿Cómo dice?»

La mujer no entendía el latín. ¿Estaba fingiendo, o era verdad que lo ignoraba todo respecto del lobo?

«Es latín», dijo Teo, todavía en duda. «Significa: el que quiere hacer el mal, siempre encuentra justificación.»

Como se sabía en falta, la mujer sintió el dardo. El insulto se cayó de su boca, floja por naturaleza:

«¿Por qué no se va a cagar un poco?»

«Lo haría con gusto. Pero no puedo entrar al baño con el vivero a cuestas.»

La mujer no entendió por qué Teo avanzaba en una dirección opuesta a la del puente, que le había señalado con precisión. Asumió que había hecho bien al mostrarse reticente. El gigante le había mentado, no buscaba el puente, debía ser uno de ellos, ¡otro enviado de su verdugo! Era imperioso huir de allí, tenía que rescatar a Miranda y echarse a volar antes de que el coloso informase de su hallazgo.

Retrocedió hasta que su espalda chocó contra el alerce. Asustada por la intrusión, dio media vuelta y empujó al árbol como si pudiese apartarlo. (Era de esas mujeres que se saben capaces de mover montañas.) Entonces vio las marcas. Una serie de tajos verticales sobre la corteza. Pensó que alguien había atacado el árbol con un diminuto rastrillo. Todavía había virutas prendidas de cada muesca. Los cortes estaban húmedos.

Embarcado en su ciega marcha, Teo se sorprendió al oír la voz femenina.

«Si le dije que no puedo acompañarlo, es porque no puedo», dijo la mujer. Sonaba a sus espaldas, bien distante. «Yo tengo una vi-

da, aunque no lo crea. ¡No voy a largar todo porque a usted se le ocurrió jugar a Tarzán!»

«Yo me arreglo, no se preocupe.» (*Salto, salto.*) «Vaya, vuelva a lo suyo.» (*Salto.*) «¡A ver si se le quema el guiso!»

«¡El puente es para allá!»

Teo ni se molestó en registrar la indicación. Todo lo que veía era blanco.

«¡Ya lo sé, no soy ciego!», protestó, mientras insistía en la dirección errónea.

Rezaba para que la mujer se fuese. Entonces se echaría al suelo y descansaría hasta recuperar la visión, aferrado al último jirón de su dignidad. Porfiado como buen gigante (*videbimus infra*, capítulo LXIV), prefería el error a rogar por ayuda. Y en su ceguera se dirigía a una hondonada que anunciaba la pendiente hacia el río.

«¿Qué pasó con el lobo?», oyó que la mujer le decía. «Vi las marcas en el árbol. ¡Usted tenía razón!»

«Esto es Río Negro, República Argentina. ¡Acá no hay lobos!», dijo Teo y siguió su marcha.

La mujer no podía creer tanta necedad. Su boca se zafó otra vez:

«Tan grandote y tan boludo.»

«Y eso que todavía no me vio desnudo.»

«¡Se va a caer!»

«Lindo título para mi biografía. *Tan grandote y tan...*»

El pie de Teo encontró la hondonada. Se fue de bruces y rodó sobre su cuerpo, sintiendo cuchilladas en la pierna herida; gritó ante cada una.

Así se esfumó del horizonte de la mujer, que sin embargo siguió viendo la rama: aparecía y desaparecía en cada giro, era como si el bosque se hubiese echado a andar.

La mujer corrió barranca abajo. Encontró a Teo tumbado sobre el vientre, los brazos abiertos en cruz y la rama elevándose al cielo; si se quedaba quieto durante un tiempo, los pájaros harían nido entre sus hojas.

Los labios del gigante, húmedos de saliva y sudor y pegoteados con tierra, se abrieron en un estertor.

«*Acta est fabula*», musitó. Citaba las palabras que pronunció Augusto antes de morir: *El espectáculo ha terminado*.

Después se desmayó.